

1

Si te has perdido

Si de verdad te has perdido e ignoras por completo dónde te encuentras, es el momento de serenarte y de decirte que no tienes prisa por aterrizar, y que volarás en círculos con la esperanza de encontrar un aeródromo justo antes de agotar la última media hora del combustible de reserva que te queda.

Zambia, 1972

Le amputaron la pierna izquierda por la mañana. Por la noche estaba despierto y, al principio, no sintió dolor porque le habían administrado morfina. Mediante un tubo que le perforaba una vena del brazo derecho le transfundían sangre, y lo primero que vio fue la bolsa de la transfusión que colgaba sobre su cabeza como una oscura fruta madura.

Entró una enfermera y le dio agua. Era joven, de rostro alargado y ojos grandes acuosos. Su cofia muy echada hacia atrás dejaba al descubierto el nacimiento de su cabello dividido en estrechos surcos trenzados sobre el azulado cuero cabelludo.

—Beba —le ordenó con su suave acento africano.

No podía hablar. Notaba el borde del vaso muy grueso sobre sus labios y tenía la garganta más seca que nunca. La enfermera lo miró fijamente mientras él trataba de beber.

—Más.

Ingirió un sorbo y le devolvió el vaso. La enfermera le tomó el pulso sin apartar los ojos de él, mirándolo con una expresión tan vehemente como si la chica hubiera perdido algo muy valioso.

Se quedó dormido. Cuando despertó, había un médico junto a su cama y la misma enfermera de vehemente mirada. El médico, un hombre muy alto de cerca de cuarenta años con la cabeza rapada y las palmas de las manos del mismo color que la madera de balsa, asintió brevemente antes de echar la sábana hacia atrás. Habían colocado un caballete sobre el colchón para levantar la sábana de tal manera que el tejido no le rozara la piel en carne viva. Mientras retiraba la sábana, el médico chasqueó la lengua. La enfermera se inclinó hacia delante para mirar mientras el médico señalaba algo. Estirando el cuello, ambos estudiaron su pierna como si fuera algo de profundo y compasivo interés. Max se preguntó si habría algo que les provocara miedo, alguna angustiada situación que no pudieran contemplar sus suaves ojos oscuros. ¿Cómo hubieran reaccionado si uno de sus hijos hubiera estado allí en su lugar? ¿Acaso hubieran apartado la mirada?

Le habían amputado la pierna unos cuantos centímetros por encima de la rodilla y se la habían envuelto en unos vendajes blancos, ya manchados de sangre y de un líquido amarillo. Se aspiraba un olor sulfuroso y algo dulzón que le recordaba el de los mejillones pudriéndose lentamente sobre las rocas calientes en la bajamar.

Le habían rasurado el vello del muslo y se notaba la piel lisa y fría al tacto, ya no como piel, sino más bien como frío y blanco papel. Le escocía la parte de la pierna que le faltaba; a pesar de que se la habían cortado, le seguía picando y escociendo.

La enfermera volvió a colocar cuidadosamente la sábana sobre el caballete. Después alisó los blancos pliegues sobre su pecho, pero sin tocarlo. Él la miró. Tenía uno de aquellos dulces rostros africanos que resplandecen con una especie de recelosa bondad. Debía de tener unos veinte años, pero sus rasgos eran los de alguien mucho mayor y con mucha más experiencia del mundo. Tragó saliva. La chica le preguntó si quería agua. Meneó la cabeza; luchaba por contener el llanto y no quería derrumbarse delante de ella porque pensó que, si se rompía, ya jamás podría recoger los fragmentos y recuperar su integridad. Miró hacia otro lado para no verla. La muchacha

permaneció un momento junto a la cama y después se marchó, pues unos hombres la estaban llamando en su propio idioma. Cuando la enfermera llegó a la puerta de doble hoja de la sala, él ya tenía la almohada mojada de lágrimas.

Se preguntó qué habrían hecho con el resto de su pierna. Le parecía raro que una parte tan grande de su cuerpo estuviera ahora en algún lugar que él no conocía. Le habría gustado tener la extremidad que le faltaba a su lado en una caja junto a su cama para poder inclinarse de vez en cuando y echarle un vistazo. Por una razón inexplicable la consideraba un niño, un recién nacido con el cordón umbilical sin cortar y con la piel arrugada y magullada. El hecho de pensar en ella le hizo experimentar un anhelo semejante al deseo que hubiera podido sentir de que sobreviviera cualquier criatura enferma.

Después de que le hirieran durante el tiroteo, la pierna se le había gangrenado, con la consiguiente necrosis de los tejidos, los músculos, los tendones, los ligamentos y el hueso; el colapso de toda la ingeniería interior antes de que la piel se le volviera tan negra como la carne carbonizada. La crepitación no era dolorosa, hacía que no sintiera la pierna, y que se le desprendiera la piel de los dedos de los pies, confiriéndoles una apariencia grisácea y sedosa. Se le cayeron todas las uñas y a veces rozaba con el muslo un áspero fragmento de sí mismo oculto en el interior de los pliegues de las sábanas. Percibía la pierna putrefacta como una pesada presencia; cuanto más se descomponía, más pesada le resultaba, hasta que tuvo la sensación de que todo su peso se concentraba en ella. Era todo su cuerpo. Gobernaba todos sus pensamientos y sus estados de ánimo e infectaba sus recuerdos y sus sueños. Se había convertido en todo lo que él era, y él esperaba con ansia que lo matara.

Joshua lo había cuidado en la vieja casa de Marsden, hasta donde Max se había arrastrado reptando como un animal entre los matorrales. El anciano cocinero que había cuidado del comandante de aviación Marsden en sus últimos días en que la fiebre de la malaria lo tenía confinado en la cama estaba acostumbrado a tratar con la enfer-

medad. A Max le preparaba un té hecho de hierbas y raíces del chaparral e intentaba convencerlo de que se comiera el cuenco de *nshima* que le llevaba todas las mañanas. Max sólo conseguía comerse unas cuantas cucharadas de las pegajosas y amarillas gachas de maíz, pues enseguida se sentía lleno. Sin embargo, bebía con agrado el té de hierbas. Aunque pensaba que se iba a morir, no quería ofender al cocinero rechazando su ofrecimiento.

Max esperaba la muerte, soportando heroicamente la herida y esperando a que la gangrena le subiera por el resto del cuerpo y lo devorara con sus desdentadas fauces. Se había convertido en una especie de comida para la enfermedad, una pila de carne aspirada trozo a trozo hasta dejarlo seco. Sabía que el estado de su pierna preocupaba a Joshua porque cuando éste entraba para limpiársela con un lienzo recién hervido, a veces cerraba los ojos como si quisiera negar lo que estaba viendo.

Una luminosa tarde la puerta se abrió de repente agitando las mosquiteras de la cama de Max, y Joshua anunció que el guardia de seguridad quería verlo. Geoff Seven vestía de uniforme. Estaba mucho más delgado que la última vez que Max lo había visto y no contestó a las preguntas acerca de lo que le había ocurrido. Con una tensa expresión en el rostro levantó a Max de su cama y lo trasladó a un todoterreno que esperaba fuera.

El guardia circulaba muy rápido por el chaparral, sorteando los baches que salpicaban la carretera como si fueran las huellas de pequeñas explosiones oscuras. Max se estremecía en la parte trasera del vehículo, envuelto en un frío sudor bajo la manta que Geoff le había puesto encima mientras los árboles desfilaban sobre su cabeza girando tan velozmente que le provocaban mareos. Al llegar a un cruce de caminos se detuvieron y el guardia miró hacia atrás para comprobar cómo estaba. Al ver el vómito sobre la manta, saltó del vehículo y se acercó al borde de la carretera, donde arrancó un manojo de hierba seca. Regresó al todoterreno jadeando levemente y limpió el vómito de la manta con la hierba. A continuación, en un gesto encomiable, se quitó la camisa del

uniforme y secó con ella el frío sudor que cubría el rostro de Max.

Volvieron a ponerse en marcha y esta vez Geoff condujo más despacio, lanzando miradas de reojo a la parte trasera del vehículo por el espejo retrovisor. Los músculos del torso tensos dentro de una chaqueta inmaculadamente blanca. La sucia camisa verde la había depositado en el asiento del pasajero.

Ya era de noche cuando llegaron al hospital. Max se había despertado al percibir el contacto de manos delicadas que lo levantaron del interior del todoterreno y lo colocaron en una camilla. Geoff se apartó a un lado mientras bebía una Pepsi. Tenía los ojos enrojecidos. Max alargó la mano hacia él mientras lo introducían al hospital y el guardia asintió con la cabeza. Max sabía que éste emprendería el viaje de regreso de ocho horas en cuanto se terminara la bebida.

El guardia aún debía de estar conduciendo cuando a él le amputaron la pierna. La operación duraría menos que el viaje y el otro todavía no habría llegado a la plantación cuando Max despertara. Suponía que volvería a visitarlo inmediatamente después de haber informado a la policía. O puede que no. Puede que no regresara. Pero se enteraría..., se enteraría de cómo se había presentado la policía para poner a Max bajo arresto hospitalario.

Sin embargo, al término de la primera semana, nadie se había presentado. Pasó un mes y después otro y, poco a poco, Max dejó de esperar, aunque una parte de él seguía en estado de alerta, como un perro que durmiera con una oreja levantada en previsión de un peligro. Pidió que lo acercaran a una ventana porque no podía respirar por las noches, y un enfermero lo hizo. Dejó la ventana abierta con la mosquitera corrida.

Era mejor estar cerca de la ventana, a pesar de que todavía podía oír los sonidos del quirófano, los murmullos y los gritos ocasionales de los demás pacientes que se filtraban por entre las desteñidas cortinas verdes que rodeaban su cama. El hospital pertenecía a una empresa minera, y los camiones llegaban a diario con nuevas bajas, casi todos jóvenes con miembros rotos, aplastados o amputados a

causa de accidentes en la mina. Los empujaban al interior de la sala en camilla, silenciosos después de las amputaciones, con los muñones envueltos en vendajes nuevos y limpios.

Los camiones aportaban un ritmo a sus jornadas. Desde su cama los oía llegar y marcharse mientras sus ruedas arrancaban a la tierra penachos de polvo blanco que se elevaban como humo. Su mundo se convirtió en un retazo de cielo cubierto por una mosquitera a través de la cual él contemplaba las nubes que se movían con angustiada lentitud. Nunca había dos momentos en que el cielo fuera el mismo. Éste cambiaba incesantemente, las nubes formaban nuevos lagos y valles a cada hora. Veía aviones y avionetas y una vez vio un águila poderosa y oscura con los dentados y emplumados extremos de las alas como si fueran negros guantes surcando el azul cuenco del cielo. A veces al despertar veía una luz tan pura y extraña alrededor de los bordes de las nubes que casi no las podía mirar.

Mientras yacía en el lecho rememoraba sus tiempos de piloto. Recordaba los viajes que había hecho a Landless Corner, siguiendo la línea de la Gran Carretera del Norte que serpeaba como un seco río rojo por el llano campo abierto, y pasaba por el pantano de Lukanga y luego volvía a internarse en los campos de la plantación donde trabajaban sus recolectores de café doblados por la cintura como si fueran personas partidas por la mitad. Recordaba las instrucciones básicas con el comandante de aviación, el manual de vuelo que leía de noche mientras el anciano se moría, los efectos del timón de dirección, la velocidad relativa, los planeos de aproximación, los resbalamientos de ala en el viento, los ascensos y las pérdidas. Su primera actuación en solitario. Tumbado en su lecho de hospital, volvía a vivir con lujo de detalles todas sus lecciones, evocando de memoria páginas enteras del manual mientras las sencillas frases resonaban con toda claridad en su mente como si alguien se las estuviera repitiendo en voz alta. A veces le parecía que el manual de vuelo era lo único que lo sostenía. Y le impedía caer.

La herida que le rodeaba el muñón se infectó y Max vio más a menudo al médico que hablaba en voz baja a su alrededor como si él

fuera un caballo enfermo. Notaba fríos los dedos del médico cuando le buscaba la vena en el brazo, su frente lisa e imperturbable ante el hecho de tener que habérselas con una enfermedad que a Max se le antojaba la peor clase de ataque contra la humanidad, pues tan callados y tan profundamente ensimismados se mostraban los pacientes. La infección hacía que la sangre le circulara rápidamente por las venas y que tuviera el cuerpo empapado en sudor. Por la noche se despertaba atrapado en un pegajoso lago que él mismo había creado mientras en los oídos le sonaba una especie de redobles que parecía de tambores, pero que, en realidad, eran los latidos de su propio corazón. La enfermera le mojaba la frente con trapos empapados en agua helada. La bolsa de sangre fue sustituida por una bolsa clara de solución salina y le colocaron en la cama unas sábanas blancas limpias. Lo vigilaban por la noche. En determinado momento, empezó a tener delirios y le suplicó a la enfermera que se llevara la bolsa de solución salina porque él creía que los ladrones del alma la habían envenenado. La enfermera, con sus ojos color del infinito, permanecía solemnemente sentada junto a su cama, con una bolsa de hacer calceta sobre el regazo. Levantaba las manos y las apoyaba sobre su pecho cada vez que él trataba de arrancarse el tubo intravenoso.

Se pasó varios días pasando de un estado consciente a la inconsciencia, con la pierna ardiendo y atormentándolo con su ausencia bajo la sábana. Percibía el impacto de la bala, el momento exacto en que los tendones de la corva se habían tensado, los ligamentos habían estallado y el hueso se había hecho añicos. La rodilla que le faltaba le dolía y, cuando la movía, restos de arenilla le rascaban la piel. Estaba tan convencido de que tenía la pierna todavía en su sitio que muchas veces a lo largo de la noche echaba la sábana hacia atrás para mirar, pensando que la pierna se la habían amputado a otro. Los vendajes y el muñón que rezumaba líquidos le parecían algo incomprensible, una especie de broma. No acertaba a comprender que pudiera sentir dolor en algo que ya no existía. ¿Cómo podía doblar unos dedos del pie que ya no estaban allí, o mover el tobillo o

flexionar la rodilla? A lo mejor, sufría una especie de trastorno mental que le hacía sentir que las cosas no estaban en su sitio cuando, en realidad, seguían estándolo. O quizá se encontraba bajo los efectos de alguna maldición de magia negra. No quería creerlo, pero no podía descartarlo. El médico le decía que su experiencia era normal. Le decía que la pierna era una especie de fantasma que desaparecería con el tiempo.

Gradualmente la infección fue cediendo y pudo volver a contemplar el cielo. Se sentía débil y no enteramente el mismo de antes, y había adelgazado muchísimo. Se notaba el brazo hueco porque los músculos y los tendones se habían fundido, dejando en su lugar simples restos de hueso seco. Más abajo, los huesos de la cadera asomaban en unos afilados y puntiagudos ángulos que se le clavaban en la mano que los exploraba. No se atrevía a seguir explorando más abajo. La enfermera le daba de comer *nshima*, pero él no conseguía retener mucho rato los alimentos y regurgitaba una especie de amarillento hilillo por la comisura de la boca. Ella le limpiaba la barbilla e insistía.

Una mañana, al despertar, se encontró con un cielo completamente blanco. De pie junto a su cama vio a una mujer envuelta en un vestido de color albaricoque claro y se quedó momentáneamente perplejo, pensando que la había convocado en cierto modo de sus recuerdos, creando de alguna manera su fantasmagórica presencia. Se incorporó y la mujer se acercó un poco más. Su cabello alisado hacia atrás estaba cuidadosamente peinado como para una cena, con dos perlas que oscilaban levemente en los lóbulos de sus orejas. Buscó algo donde sentarse, pero no había ninguna silla junto a la cama y ella tuvo que permanecer embarazosamente de pie mientras sus ojos contemplaban la sábana que le cubría el cuerpo a modo de tienda de campaña.

Transcurrió un momento antes de que uno de ellos pudiera hablar.
—Max —dijo ella en un cauteloso susurro, bajando la mirada.

La visitante se llevó el pulgar a la boca y se tocó los dientes con la uña. Sus manos eran ásperas y parecían más viejas que su rostro.

Max había olvidado lo joven que era. En realidad, era apenas una niña. La visitante emitió un prolongado suspiro y después, en un repentino e impaciente movimiento, bajó las manos y las entrelazó con fuerza delante de ella.

—¿Qué estás haciendo aquí, Elise?

Las palabras le salieron más ásperas de lo que pretendía.

Ella se echó hacia atrás.

—Necesitaba ver si estabas...

Bajó la mirada, incapaz de completar lo que quería decir.

Él la miró y después apartó los ojos. A través de la ventana, el cielo giró y empezó a dar pesados tumbos mientras las blancas nubes parecían luchar contra una poderosa fuerza que estaba intentando abrirlas.

Ella dio un paso para acercarse, pero se detuvo justo antes de tocar la cama.

—No sabes cuánto lo siento, Max —le dijo dulcemente, mirándolo con expresión horrorizada—. Vine hace unas cuantas semanas, pero no me permitieron entrar a verte.

Max cerró los ojos. Se sentía cansado y no sabía cómo hablar con ella.

—No me quedará mucho tiempo —anunció Elise—. Me dijeron que no te fatigara. —Él oyó el sonido de su respiración, el leve jadeo que recordaba—. Sólo quería que supieras que ya hemos cumplido todos los trámites.

Max pensó que se refería a la cárcel, pero ella añadió:

—La policía retiró los cargos.

—El arma era mía.

—Mírame, Max.

Él volvió la cabeza con los ojos cerrados. Sabía que sería mucho peor si la miraba.

—Sé lo que ocurrió.

—Pero no tienes que hablar de eso. —La voz de Elise fluctuó—. Tambo reconoció haber disparado contra un blanco; no tienes por qué preocuparte. Eres libre.

Él siguió contemplando el cielo. Comprendía que ella necesitaba alguna versión de los acontecimientos en la que poder creer, alguna historia con la que poder vivir.

—Mírame —le volvió a pedir ella—. ¿Por qué no me quieres mirar?

Max hizo acopio de todas sus fuerzas.

—Les tienes que decir la verdad.

La oyó jadear.

—No puedo. Max, estuvieron a punto de matarte. Ellos podrían volver, incluso aquí.

—Da igual —observó él—. Ahora ya no importa lo que me ocurra.

Ella se acercó un poco más, alargó la mano y le tocó el hombro. Él dio un respingo.

—Perdón —dijo ella, apartando la mano.

Él se quedó donde estaba, dándole la espalda mientras el roce de su mano le ardía todavía en la mente.

—También he venido para decirte que la niña está conmigo. Fui a buscarla después de... —tragó saliva mientras él escuchaba su entrecortada respiración—. Se llama Memory. Ha estado viviendo conmigo en la casa, y eso ha servido para... La verdad es que nos estamos ayudando mucho la una a la otra. Ha venido mi padre. Él se ha encargado de hacer todas las gestiones. Nos la queremos llevar a casa con nosotros; estamos esperando la recomendación del funcionario de la asistencia social. Será un nuevo comienzo para todos nosotros, Max.

Él percibió una dolorosa esperanza en sus palabras. Ella siguió adelante sin que apenas se le quebrara la voz a pesar de que ahora ya se había puesto a llorar.

—Te recuperarás. Yo sé que lo harás. Eres un superviviente. Nada te puede derrotar, Max, yo siempre lo he pensado. Eres indestructible. La persona más fuerte que conozco.

Él pensó que ella se iría en aquel momento, pero Elise permaneció inmóvil junto a la cama sin llorar.

—Te quiero —dijo, y él detectó un desafío en su voz. Envidió su valentía. Era ella la que sobreviviría. Era lo bastante joven como para olvidar. La oyó respirar.

—Siento muchísimo lo que te ha ocurrido —dijo ella en un susurro.

Max sabía que pronto se iría. Él no se lo había dicho. Jamás se lo diría. No podía expresarle todo lo que sentía por ella porque ahora era imposible. Ella era el horizonte de su vida, el punto hacia el que siempre miraría. Esperó todo lo que pudo antes de volverse a mirarla.

El cabello se le había soltado a causa de la humedad del ambiente y el maquillaje se le había corrido alrededor de los ojos, pero la sensación que él experimentó ahora era la de que ella se sentía más aliviada. Se sonó la nariz con un pañuelo de papel y se alisó hacia atrás unos mechones de cabello que le habían caído hacia delante sobre las mejillas. Le miró con ojos resplandecientes. Max sintió un nudo en la garganta. Trató de hablar, pero todas las palabras que se le ocurrieron le parecieron inapropiadas para una experiencia que él conservaría durante un tiempo infinito en su alma. Alargó la mano hacia la suya.

Ella rompió nuevamente a llorar y él sintió sus cálidas lágrimas en la muñeca.

—No fue una equivocación —dijo Elise, contemplando las manos de ambos entrelazadas sobre la blanca almohada—. Jamás puede ser una equivocación amar a otra persona. No fue ésta la causa de lo que ocurrió.

Max dejó que sus ojos se posaran por última vez en los de la mujer.

Cuando ella se hubo ido, permaneció tumbado en la cama sin moverse. El hospital guardaba silencio a su alrededor, casi todos los pacientes se pasaban la calurosa tarde durmiendo. El aire era espeso y húmedo y el calor acogotaba las emociones que se habían agitado. Max cerró los ojos y vio la imagen del rostro sincero de Paul Cougan, quien se mecía entre risas en el sillón rojo de un barbero.

Se presentó el médico y después lo hizo la enfermera, y ambos le prodigaron sus cuidados a la extremidad herida. Le pareció que había transcurrido un largo tiempo antes de que corrieran las cortinas verdes alrededor de su cama y lo dejaron a solas con sus pensamientos. El lapso entre la partida de Elise y el hecho de que él permaneciera tumbado en la penumbra, los sonidos atenuados y el dolor vencido por una nueva dosis de morfina, indujo erróneamente a Max a pensar que no reaccionaría. Los primeros balbuceos fueron más parecidos a la sensación de vomitar que a la de sollozar. Pero después sobrevino la lluvia, un atroz sufrimiento que lo arrojó a las profundidades de un dolor cuya existencia ignoraba. Fue como si todas las partidas de su vida, todas las pérdidas, frustraciones y decepciones le hubieran ocurrido de golpe. Aquellas dos personas a las que amaba. Aquellas dos personas se habían entregado a él, ambas se le habían ofrecido y ahora él tendría que vivir con la conciencia de que las había defraudado. No había tenido suficiente cuidado. Había ignorado lo que sabía y ahora la vergüenza que sentía, el enorme desbordamiento de humillación, lo obligó a lanzar un grito y a morder el extremo de la almohada para amortiguar el sonido.

Al día siguiente le enseñaron a caminar. Cuando la enfermera lo levantó de la cama y él sintió sus cálidos brazos en su espalda, se dio cuenta de que le estaban enseñando lo que ocurriría a partir de aquel momento. Estaba entrando en la segunda mitad de su vida, tanto si quería como si no: la transición desde estar en el aire a estar en tierra.

Lo llevaron en silla de ruedas a una estancia pequeña, sucia y calurosa con bastones y muletas amontonados en un rincón. No le dijeron que eligiera. La enfermera tomó la decisión por él: un par de muletas con los apoyabrazos acolchados mediante una tira de una gastada toalla de color rojo. La enfermera lo levantó. Se sintió extraño, repentinamente un gigante. Una sensación como de flotar le invadió la cabeza mientras la enfermera lo ayudaba a apoyarse en las muletas.

—Pruébelo, intente probarlo —le dijo ella, a pesar de que a él ni siquiera se le había pasado por la cabeza oponer resistencia.

Se balanceó apoyado en las muletas y trató de adaptarse a su nuevo y desequilibrado peso. No sabía cómo orientarse. Lo que antes estaba acoplado con naturalidad ahora estaba roto. La enfermera le apoyó la mano en el hombro y le dio un ligero empujón. Torpemente intentó impulsarse con las muletas y se tambaleó, percibiendo la aspereza de las almohadillas de los apoyabrazos bajo las axilas.

—Muy bien —dijo la enfermera.

Después de la primera lección, practicó solo. Balanceándose apoyado en las muletas, se dio cuenta de lo delicado que era un esqueleto con dos piernas. Perder una pierna era perder una manera de mirar. No tenía ni idea de cómo caminaba porque jamás había tenido que pensar en ello hasta ahora. Había confiado simplemente en que su cuerpo recordara lo que tenía que hacer, y había aprendido a ignorar aquello que no le hacía falta. Impulsándose hacia delante, empujando con el pecho como un nadador de estilo mariposa, avanzó impelido por sus primeras brazadas, midiendo su avance por las baldosas del suelo. Tardó diez días en alcanzar el final del pasillo.

Cuando estuvo más fuerte, exploró el hospital, pasó junto a las cocinas donde los miembros del personal, que se cubrían el cabello con redecillas azules, se inclinaban sobre unos enormes cuencos de aluminio. No levantaron la vista para mirarlo cuando pasó por allí. Ahora que ya se movía, se había vuelto invisible, ya no era un paciente al que hubiera que vigilar como si se tratara de una cuestión de vida o muerte, sino alguien que se encontraba al margen, en el limbo. Hasta el médico que con tanta amabilidad lo había tratado una mañana ya ni siquiera lo reconoció. Max comprendió que ya no formaba parte de aquel lugar, aunque no tenía muy claro adónde era libre de ir. Al parecer, no había nadie que tomara semejantes decisiones.

Los cielos seguían estando monótonamente blancos y pesados y él sabía que las lluvias no tardarían en empezar. Sus excursiones de primera hora de la mañana por el hospital adquirieron una nueva

urgencia. No quería quedarse atrapado allí durante la temporada lluviosa. Quería regresar a la granja, aspirar la lluvia y la tierra y sentirse de nuevo parte del mundo exterior. Su capataz lo había visitado una vez y le había dicho que la cosecha de café era la mejor que recordaba. Si llovía lo suficiente, Max recolectaría aquella temporada una cosecha sin precedentes. Mientras se desplazaba con la ayuda de las desvencijadas muletas, trataba de centrar su mente en los beneficios y en su rostro se dibujó una expresión sombría.

La lluvia estalló una mañana mientras él avanzaba por el pasillo. Cuando regresó a su cama, se encontró con Geoff Seven vestido con un traje de color canela, los bajos de los pantalones orlados por una franja de barro rojizo y la parte lateral de los lustrados zapatos manchados por salpicaduras. El guardia permanecía sentado en silencio con las manos humildemente unidas en gesto de oración. Cuando Max se le acercó, levantó la vista e inclinó la cabeza. Sostenía en una mano un sombrero color caramelo ligeramente arrugado. Apoyadas contra la cama había un par de muletas de madera oscura.

Poco después una enfermera le llevó sus cosas en una bolsa de plástico y el guardia de seguridad lo ayudó a vestirse. Las prendas eran más grandes de lo que Max recordaba. La cinta elástica de los calzoncillos le resbaló hasta por debajo del ombligo y la camisa se le onduló alrededor de los hombros. Hasta la bota parecía haber crecido. El blanco tobillo bailaba en su interior mientras él permanecía de pie sobre su única pierna, apoyándose contra el guardia que sonreía al tiempo que le ajustaba el cinturón y le anudaba los cordones como si regañara a un niño.

Cuando Max se terminó de vestir, el guardia dio un paso atrás y asintió enérgicamente con la cabeza. En sus ojos había un suave brillo. Alargó una manaza oscura, estrechó la de Max y se la acercó al pecho en un cálido y amplio apretón.

Max lo miró a los ojos. El guardia le soltó inmediatamente la mano y bajó la mirada. Los brazos le colgaban y su aspecto se parecía al de una doliente garza gris. El gesto era una manifestación de profundo respeto hacia la otra persona. Ninguna expresión hablada

habría podido decir tanto y Max comprendió que había sido perdonado, aunque no supo por qué razón.

El guardia le ayudó a colocarse las nuevas muletas y apartó la vista mientras Max efectuaba sus primeros movimientos. Después recogió su sombrero, que estaba en la mesilla, y se lo puso en la cabeza, empujando la parte superior hacia abajo para asegurarse de que estuviera encasquetado en el ángulo apropiado. Dejó que Max encabezara la marcha caminando lentamente a su lado hasta llegar a la entrada del edificio del hospital a la que se estaban acercando camiones cuyas ruedas removían la tierra perfumada por la lluvia.